

EL HILO DE LA COMETA

Por ANTONIO PEREIRA

Ilustra: PEPI SÁNCHEZ

Para el dramatismo de un adiós, todavía la estación, y de noche. El aeropuerto es otra cosa: no cuenta tantos años de literatura como el tren, y el abrazo último suele anudarse en la refulgente de níqueles y cristal, con música de fondo, nunca a la orilla misma partir.

Era Barajas y madrugada, pero había que ponerse a pensar para en ello. Parecía una fiesta. Profusas luces exageraban la palidez de rostros y cosas. Como en una fiesta sonaba el vidrio de los vasos. Los que diríamos invitados se contemplaban, se analizaban, se sonreían sin motivo. Sólo parándose a observar, excluyéndose adrede, podía advertirse que la alegría era como nerviosa y dirigida por alguien, quizá ordenada desde una torre de mando.

También así, desde afuera, se acertaba a ver que reinaba una mujer hermosa, como siempre ocurre en las agrupaciones anchas. Lo demás mujeres satélites, hombres desdibujados, niños, frailes capuchinos. Reinaba una mujer hermosa, y daba rabia que ella lo supiera.

Todo, todo exhalaba seguridad en Barajas bajo la luz copiosa. (Verdaderamente, para despedidas patéticas, todavía el tren, y de noche) El avión inmediato irá a Río: sobre crestas picudas, por encima del mar oscuro, desterrado hacia arriba. Nadie lo piensa. Sabiamente trazado este orden que se infiltra en quienes esperan. Bajan y suben las escaleras rodantes. Sobre la cinta continua avanzan maletas primerizas y anónimas junto a las ya condecoradas por los grandes hoteles del mundo. Brilla el rigor de los relojes en que se adivinan simultáneas, ahora gastando el tiempo del amor, o del trabajo, o de la atardecida: en Madrid son las dos horas cuarenta minutos; son en Tokio las diez horas cuarenta minutos; Buenos Aires a la medianoche.

Y no sólo las máquinas. Donde las azafatas de piernas largas y sus camaradas, los pilotos de petulante azul, pueden cogerse voces convenidas en la tranquilidad de la costumbre:

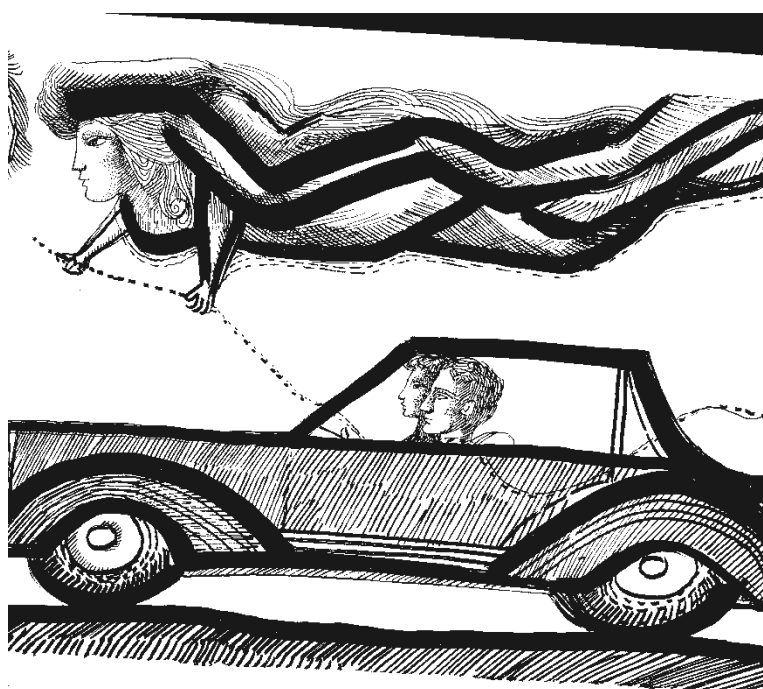
-Se está tirando Fráncfort.

-Londres en el suelo.

-Roma con torre.

Para que nada falte, ahora ha sido como un bache. Hasta la fiesta más animada suele decaer un momento. La gente se ha reagrupado en pequeñas, cerradas, egoístas

intimidaciones. El aire pesa más, aunque los acondicionadores no hayan dejado de servir.



En esto, un habla de mujer, levemente perezosa, casi insinuante da un aviso que propagan los altavoces: primero en francés, luego con alguna palabra menos, en inglés; al fin, en un español impersonal y blanco, hablado como nadie habla en Madrid ni en Zamora, en Jaén ni en Bilbao. Es la voz de salida para el vuelo 991:

-Messieurs les passagers d'Iberia a destination Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile, sont bien priés de se présenter à la douane de

sortie, porte numero deux.

Pausa.

-Iberia passengers flying to Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile, are kindly requested to proceed to the out going Customs hall gate number two.

Y en seguida:

Los señores pasajeros de Iberia con destino a Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile, tengan la bondad de pasar a la aduana de salida puerta número dos.

Con aquella voz se confirma lo cosmopolita y audaz, y los oyentes toman conciencia de que deben comportarse a tono con su aventura. Se impone un ritmo cinematográfico. Los personajes olvidan la identidad de sus pasaportes para sentirse otros: empujados, movidos, flotantes como si estuvieran bajo las cámaras y alguien hubiera dicho: "¡Acción!" Deben de ser muy listos, sí, los que organizan esta fiesta, para que nadie encuentre la ocasión de sentirse solo, para que nadie caiga en la tentación urgente de pensar o sentir.

Los frailes capuchinos van los primeros; ningún abrazo dejan atrás. Se aprietan los niños a sus mayores. Los hombres grises marchan hacia la puerta número dos con sus carteras; las mujeres van hacia la puerta número dos con sus muchos y necesarios brazos.

Ahora le va a tocar a la señora hermosa.

Es hermosa y alta. Ondulante. Será absurdo, pero da rabia que ella se sepa hermosa y alta. Y ondulante. Antes de la puerta número dos la han besado. Ella va a volar y el hombre va a seguir en tierra. El hombre, se ha quedado con la mano en alto, como pensando qué otro ademán mientras ella está a punto de desaparecer por el cristal que da a la noche, al aire. La hermosa sonrío una última vez, ya un poco lejana, y siente que se afloja sus fuerzas, que del brazo lánguido va a caérsele el valor, o quizá no más que el abanico resbaladizo de las revistas.

-Perdón, señora

-Ha sido culpa mía

La ayuda se la presta un hombre que no es el suyo: un compañero de viaje.

También el compañero de viaje tiene alguien a quien decir adiós. Le está correspondiendo, desde el grupo solitario de los que se quedan, una mujer menuda y grácil, que levanta un pañuelo también menudo, como ala remota y dulce de pájaro.

La puerta, al fin, se cierra. Se ha cerrado la puerta número dos. Quienes fueron a decir adiós y seguirán pisando tierra, conocen, por un momento la sensación de haber sido rechazados y una rara fatiga, esa resaca postrera de la fiesta. Van andando despacio hacia el exterior de repente separados unos de otros, apartadizos. Ya, afuera al sereno, suena el alto rugido de un reactor.

Sobre el gran atrio de cemento dormitan los últimos coches, con sus capotas tomadas de escarcha madrugadora. En un momento han desaparecido los taxis.

Si usted acepta venir conmigo...

La mujer, menuda y grácil, se acurrucó contra la portezuela, en el asiento delantero, dejando todo el espacio posible entre su cuerpo y el conductor.

-Me he permitido ofrecerle... Es como si nos conociésemos: mi mujer va a Río y creo que el marido de usted será su compañero de vuelo...

La pasajera notó que el coche estaba recargado de perfume. Se entretuvo en identificarlo. Olía a cuero nuevo, a tabaco rubio y, por encima de todo, a Arpège. Fue a estirar la falda, que dejaba ver demasiado, pero se contuvo a tiempo: hubiera resultado un gesto frívolo casi impúdico porque no tendría justificación. Luego se fue desovillando poco a poco, hasta quedar sentada sin recelo, con naturalidad. El coche era de dos plazas, deportivo. Pero rodaban despacio sobre la autopista. Otros más modestos los adelantaban sin esfuerzo, seguramente con vanidad. La viajera observaba con el rabo del ojo, alargado por la pintura, el perfil impassible del conductor y las manos finas y velludas emergiendo de los puños blancos de la camisa.

En un momento el conductor accionó con ademán rápido y seguro el cambio de velocidades, de palanca, y la mano del hombre sintió muy levemente la vecindad del

otro cuerpo. Iba a mirar a la mujer, quizá a exculparse con una sonrisa, pero también él pensó, como ante ella, que hubiera sido un gesto sin necesidad. Dejó correr el coche unos centenares de metros, y entonces sí que se volvió hacia la compañera con una mirada sin clasificación posible, tanto cortés y respetuosa como admirativa y galante. No era ella lo que se dice hermosa, pero sí atractiva. La mujer, ya no del todo una desconocida, se le hacía al hombre como un frágil y deseable objeto, civilizado, pulido, perfectamente acabado. “Recuerda un regalo envuelto por Loewe”, sonrió el hombre para sus adentros.

Pasaban cerca de unos desmontes. Hombres oscuros rodaban con pesadumbre y sueño en sus bicicletas, y el amanecer, todo rigor realista iba descubriéndole ojeras al contorno. Era, podía decirse, un esbozo de fealdad innecesaria. El hombre de los puños blancos apretó entonces un botón, y del rectángulo bruscamente encendido de la radio empezó a brotar un chorro de música falaz. La vida volvía a ser una representación y el hombre y la mujer recobraban su conciencia de protagonistas. La mujer bajó el cristal, y una ráfaga de aire frío arrancó del interior del coche el olor a cuero nuevo, a tabaco rubio, a Arpège...

Bruscamente, quien gobernaba el volante desistió de la deliberada lentitud: pisó el acelerador y la máquina le respondió con repentina fiereza. Los árboles y los edificios y los anuncios prometedores venían raudos al encuentro del coche, desaparecían, y otros de igual entrometida apariencia venían a sucederlos. El hombre, extremando aquel despliegue de sus facultades, se volvía hacia la compañera en un gesto de ofrenda, tal el héroe que brinda a su dama la aventura y riesgo del combate. Las mujeres entienden siempre. Sentía ella un rubor tolerable en las mejillas, y los ojos pronunciaban su reluz negro frente a la noche.

Cuando enfilaron María de Molina, iluminada y silenciosa, propuso el hombre:

-¿Un whisky?

-¿y por qué no?

Chirría el auto y se detiene, de una frenada deportiva y joven, a la puerta de un bar que no ha cerrado, o que acaso acaba de abrir. Es el momento confuso de cada día, cuando los últimos juerguistas coinciden con los primeros virtuosos del alba.

El hombre ofreció su mano a la mujer menuda y grácil. No tuvo que obligar para retenérsela. Quedaron atados perezosamente por aquel calor, tan dulce y sensible bajo el desentono de la madrugada, pero sin mirarse.

Al fin, cuando sus ojos estuvieron frente a frente, los dos a un tiempo se desencadenaron, sabedores de que había callado la melodía engañosa, conscientes de la sensatez que la fría luz del día venía a restituirles.

Los dos a un tiempo levantaron la mirada al alto cielo de Madrid, y aunque muy

vagamente lo sintieran ellos, un hilo delgadísimo pero tenaz los unía con las nubes, el hilo incesante de la cometa:

-Ya irán sobre Portugal.

-Sí, ya irán ahora sobre Portugal.

Entraron. Los dos pidieron café con leche. Los dos se echaron a reír con una risa que los hacía niños.

